



Reflexiones tras un día de consulta

La organización asistencial actual hace que, cada vez con menor frecuencia, podamos atender a nuestros pacientes en condiciones óptimas.

El incesante incremento en la demanda asistencial, junto con la presión en las listas de espera, agravada tras la situación de pandemia Covid-19, ha dado lugar en nuestro medio a un continuo aumento de la actividad asistencial. No podemos evitar tener la sensación de que el día a día se convierte en una carrera a contrarreloj, con el fin de volver a un estado de "normalidad prepandemia".

Sin duda, un objetivo difícil de alcanzar a corto plazo.

Además, todo ello, no se ha visto traducido, en la fase actual, en medidas extraordinarias como la contratación de nuevo personal capaz de dar cobertura a estas nuevas necesidades, sino más bien, a una sobrecarga para la plantilla existente, ya en muchos casos al límite de sus capacidades.

En nuestro ambiente, una consulta de atención especializada en la cura de heridas complejas y postquirúrgicas, esto conlleva una reducción en el tiempo de atención por paciente y consulta, y por consiguiente y de forma frustrante, una disminución en la calidad de la atención.

Pues al igual que una intervención quirúrgica requiere de unos tiempos de preparación y realización, también las curas, tanto en tiempo de ejecución (de minutos a horas) como en la periodicidad de las mismas (de diarias a semanales). Lo que conlleva una dificultad añadida en la planificación, y generalmente, demoras en la espera.

Toda esta sobrecarga asistencial repercute además en otros aspectos que no se "evalúan numéricamente", y que, de forma paradójica, son en muchas ocasiones, los más relevantes.

Conocer al paciente, evaluar sus conocimientos, habilidades, inquietudes y miedos, nos va a permitir adaptarnos a sus necesidades, para que el proceso terapéutico transcurra de la mejor forma posible. Y para ello es imprescindible generar un clima de confianza.

Heridas similares en pacientes distintos, o, incluso, en momentos distintos del ciclo vital, van a requerir líneas de actuación diferentes, por lo que debemos adaptarnos a las características únicas de cada persona.

La educación al paciente y su entorno, ser recurso de ayuda y apoyo, y dotarles de herramientas para el autocuidado siempre que la situación lo permita, deben ser los ejes fundamentales en la relación entre paciente y profesional.

Y para ello, es fundamental la formación de los profesionales que se dedican a esta actividad.

Formación no sólo pregrado durante el periodo universitario, sino posgrado, como la actualización continua en tecnologías de vanguardia para la cura de heridas, pero también, y no menos importante, la capacitación en habilidades para la comunicación, soporte emocional o estrategias de afrontamiento de situaciones complejas, entre otras.

La realidad es que, en la mayoría de ocasiones, esta formación se realiza posgrado, de forma autónoma, siendo económicamente costosa y realizada fuera del horario laboral. Y no suele estar reconocida para el desempeño de la actividad profesional, ni tampoco remunerada.

Así que, aunque este panorama pueda parecer pesimista en ocasiones, debe constituir el punto de inflexión para iniciar un proceso de planificación, cambios y mejora continua cuya finalidad sea la prestación de una atención de calidad para nuestros pacientes.